

CXVIII

á ver esa muger idiota, ví en el mismo hospital otras dos mugeres no idiotas, sino monomanas, que me presentó el Sr. Mitivié. La una se cree la muger del emperador Napoleon, y la otra que ha parido muchos hijos, que los tiene gemelos, y no se ocupa mas que de muñecas y muchachos. Ambas tienen enormemente desarrollados, la primera el órgano de la altivez y del orgullo, y la segunda el de la filogenitura. Es de admirar que el Sr. Leuret no haya notado estas dos cosas tan interesantes de cranioscopia, y tan favorables á la frenología. Pero puede cuando guste amoldar esas cabezas y colocarlas en la coleccion del Sr. Esquirol.”

Filosofía.

TODOS los filósofos al investigar el origen de nuestras acciones y de nuestros pensamientos, de nuestras relaciones con lo que se llama el mundo exterior, ó lo que no es nosotros, han creado diversos sistemas cuyas conclusiones dejaban al hombre tan ignorante como antes en estos puntos, y despues de que

CXIX

inducian en mil errores, no salvaban todas las dificultades. El espíritu de sistema creaba en cada uno un caudal de palabras, que en lugar de aclarar las dudas, reducía todo á una vana logomachia. Locke, Condillac, Malebranche, Descartes, Kant, y antes de ellos Platon, atribuian la diversidad de nuestras manifestaciones, fuesen instintivas ó intelectuales, á un mismo y solo principio. Los unos lo ponian en un ser inmaterial sin relacion ninguna, ó en total independencia del cuerpo; otros negaban la existencia de este espíritu y lo referian todo á la materia, que llamaban viviente ú organizada; pero la miraban en masa ó atribuian su virtud de vida y de accion á la casualidad. Gall, profundizando el ecsámen de la organizacion y llevando sus observaciones fisiológicas á un punto que no habian llegado antes de él, encontró que no se debia confundir la inteligencia con las sensaciones: enseña en su filosofia que no son cosas distintas como modificaciones de un mismo ser, que unas veces siente y otras piensa, sino porque son distintas tambien las causas que producen estos fenómenos. Atri-

buyéndolos á órganos ha separado unas funciones de otras y ha substraído los instintos, las pasiones, las aptitudes, del dominio de la inteligencia. Este solo paso fué una nueva luz que todo lo explicó ya, que todo lo aclaró, á la manera que con el sistema de Copérnico se ocurrió á todos los inconvenientes que no se podían salvar con los de Ticho, de Tolomeo y otros, y cada cuerpo celeste fué encontrando naturalmente su lugar. Spurzheim acabó de poner el sello á esta doctrina, y distinguió de una manera mas clara y mas marcada los impulsos y las aptitudes, de la inteligencia propiamente dicha. Haciendo los instintos independientes de la razon, se comprendió mejor, por qué á veces aquellos triunfan contra las repugnancias de esta, por qué á veces nos sentimos inclinados á deseos ó acciones que nuestra razon nos presenta como contrarios á lo recto, lo justo, lo loable, lo digno de la aprobacion de nuestros semejantes: hasta entonces se entendió, dice el Dr. Broussais, el adagio antiguo inesplicable *video meliora proboque, deteriora sequor*; porque los instintos no racionan, sino que son cie-

gos é impelen simplemente á la accion. De este número es el de la carne que se dice que tienta los espíritus, el demonio de las religiones de la antigüedad, el principio del mal de los maniqueos, el *fomes peccati* de San Pablo. Son de tal manera ciegos los instintos, que á virtud de ellos solos, sin la ayuda de la inteligencia, nada se realizaria, porque sus sugerencias se refieren á objetos esteriore que se han de abrazar ó desechar, y es preciso que estos objetos sean previamente conocidos por los sentidos, para que se satisfaga ó se realice su deseo. Se patentiza esta verdad y se explica este fenómeno con el ejemplo de una niña criada en un convento, ó por cualquiera otro medio secuestrada del comercio del mundo, y que conservando su inocencia, llega á la época de la pubertad, cosa que se verifica todos los dias en las buenas familias de nuestra sociedad. La jóven no sabe lo que significa esa inquietud de que se vé atormentada, esos suspiros, esas lágrimas sin objeto: siente un vacío, una cosa que le falta, y no sabe lo que és, hasta que vé al hombre que le explica el misterio.

CXXII

Entonces, ó la esperanza ó las ideas religiosas la tranquilizan, sabiendo ya en su alma lo que aguarda con paciencia, auxiliada de su buena educacion, ó lo que renuncia, dando preferencia á otro estado que cree mejor. Se esplica tambien con el ejemplo del niño recién nacido, que busca el seno de su madre, sin conocerlo, pues que ni sus ojos, ni sus manos, ni ninguno de sus sentidos, han dado de él una idea á su entendimiento, ni un incentivo á su voluntad.

Este ejemplo se citaba para probar las ideas innatas de Platon, contra cuya doctrina establecia Condillac la suya, de que todas venian de los sentidos. Por supuesto, esta última no ha podido quedar en pié contra argumentos incontestables, y la otra se rectifica con que en efecto el hombre no nace tabla rasa y hay algo de innato en sus facultades; pero no son las ideas, sino las aptitudes, los instintos, las inclinaciones.

Por la filosofia de Gall se esplica satisfactoriamente tambien la parte relativa al alma de los brutos, con la que han hecho los otros filósofos cuanto les han sugerido sus caprichos. En mi colegio,

CXXIII

bajo el sabio y respetable profesor el Sr. Portugal, que cité en el prospecto, abrazamos el sistema de Descartes, que los supone destituidos de toda facultad intelectual y sensitiva, unas máquinas, unos meros autómatas, con la diferencia de estar mejor contruidos que un relox, como que el artifice era infinitamente superior á Breguet y Wucanson; y sostuvimos y defendimos este sistema por mas que un grito de nuestra conciencia, que una propension de nuestro sentido íntimo, ó para hablar frenológicamente, por mas que un órgano de nuestro propio cerebro, nos hiciese ver en ellos las mismas manifestaciones, que, aunque en grado superior, lo son del pensamiento, y de la sensacion en el hombre, por mas absurdo que fuese pretender animales sin vida animal, animales que no son animales. Refiriéndose las facultades á los órganos y separando en ellas y en ellos, lo que es inteligencia de lo que son instintos, nada es mas fácil que representarse esa ánima beluina de los irracionales. De este modo se les ve obedecer ciegamente sus instintos, y respectivamente cada especie los de su organiza-

*

J
to Portugal.
Opinion.
507.

CXXIV

cion cerebral. Lo que les tocó de inteligencia está al servicio de estos instintos, para hacerles conocer los objetos de sus necesidades y los medios de satisfacerlas. El estudio de su organismo cerebral dará la clave en las diferencias de las especies, y la esplicacion de sus variadas inclinaciones: de este modo, y solo de este modo, se verá cómo pueden tener instintos que nosotros no tenemos, cómo pueden tener los nuestros en grados diferentes, y cómo su falta ó su debilidad de inteligencia los entrega sin defensa á la merced de sus impulsos mas poderosos. Esa misma organizacion explicará los grados de su educabilidad en la escala zoológica, y por qué unos indomesticables satisfacen siempre sus instintos, y otros, acercándose al hombre, los reprimen, deliberan, y se vencen á veces.

Los cartesianos atribuíamos en mi colegio al solo instinto la accion del perro, que siguiendo á su amo perdido, despues de haber olido el primero y el segundo camino de tres en que se encuentra dividido el que llevaba, se echa á correr por el tercero sin olerlo. La

CXXV

frenología comparada nos enseñará que los animales no solo tienen instintos análogos á los nuestros, sino sus grados de inteligencia algunas veces admirable. El cerebro del perro nos explicará esta facultad que no hallaremos en el cerebro del asno.

Es tan patente, es tan incontestable, está tan en la naturaleza esta filosofia del Dr. Gall, que en los peces que tienen la singular facultad de ahuyentar sus enemigos arrojando sobre ellos torrentes de electricidad, se ve en el número de los órganos de su cerebro, uno mas y distinto del que hay en los de las demás especies. Suponiendo algo de inteligencia en el instinto, no hay mas razon para tener al perro por autó-mata, que para tener tambien por autó-matas á Descartes y á Newton; porque los sentimientos mas elevados de esperanza, de veneracion, de conciencia, de gusto por una arte, no serian sino instintivos, y entonces el lugar que se ocupa en la escala hace toda la diferencia. No todos los que no son Descartes y Newton, son unos animales; los grados de tontera son infinitos desde el hombre

CXXVI

que repugna ocuparse de ideas abstractas hasta el idiota. Esto es lo que nos consuela á muchos.

Otro sistema de filosofía enseñaba que no habia en nosotros mas que sensaciones, percepciones, y reflexiones. Según esta doctrina, las primeras y las segundas representan los objetos y la reflexión fecunda sus imágenes, consistiendo en esto todo el moral. Esto está dicho en pocas palabras; pero una multitud de objeciones vienen contra este sistema, que no se pueden contestar. La primera que salta luego es la del mundo exterior: si todo está en el hombre, no hay nada que le convenza de la verdad de las imágenes de su percepción. El pirronismo ó cepticismo es la consecuencia inmediata, como lo era de los sistemas de Locke y de Condillac. Ni aun la religion revelada podria preservarnos de dudar de todo, porque esa revelacion no nos ha venido sino por la palabra, *fides ex auditu*, y dudando de la palabra se acabó la revelacion. Si lo hemos de ver todo en Dios, somos llevados al sistema de Mallebranche.

Hay una filosofía mas moderna que

CXXVII

ha tomado su origen en Escocia y en Alemania, y que refutando la que hace consistir el ser moral en las ideas, lo atribuye todo á la conciencia. Entiende por este nombre el sentido íntimo, el sentimiento de sí mismo, el convencimiento de su identidad, el que nos hace creer que somos la misma persona que fuimos en lo pasado, que somos en lo presente y seremos en lo futuro. Esta conciencia, dice esta escuela, es la que nos da las nociones de la existencia y de las cualidades de los cuerpos, lo mismo que nos da la del nuestro propio, y las del tiempo y de la duracion, y esta conciencia no nos puede decir mas que la verdad. Pero ¿cómo nos la dice? Por un término de comparacion, dicen estos filósofos, tomado de nosotros mismos, y conducidos por la induccion. Pero no se concibe cómo por la comparacion sacada de nosotros mismos podemos conocer y certificarnos la existencia de aquello que no es estenso, que no es resistente, que no es sólido &c. ¿Qué son el calórico, el magnetismo, la electricidad? Es un error atribuirlo todo á la inteligencia, y por necesidad es preciso

CXXVIII

abrazar la filosofía de Gall, que la distingue de los instintos propiamente dichos, que nos pone en claro la armonía de la naturaleza, la relación de nuestra constitución con la de todos los seres que no son nosotros. Es verdad que los sentidos nos transmiten las sensaciones que nos vienen de los cuerpos; pero en nosotros, en nuestro cerebro están los órganos, los impulsos que nos convencen de la existencia de esos cuerpos. Si no hubiese en la materia de nuestro cerebro órganos que respondieran á las escitaciones exteriores forzándonos á obrar, llegarían á él el calor, el frío, el olor, como sobre una piedra, sin provocar ninguna acción en consecuencia. ¿Qué comparaciones, ni qué inducciones, ni qué raciocinio he menester yo para ejercer los actos por los que respiro, me alimento, me reproduzco? ¿Qué necesidad tienen los animales de raciocinio para seguir la presa que les ha designado su olfato? ¿Qué necesidad tienen estos ni los niños de las inducciones para conducirse con la certidumbre de la existencia de un mundo exterior? No hay remedio; los instintos son los que nos lo

CXXIX

prueban y los que nos impulsan á obrar recíprocamente sobre los cuerpos de que se compone; y el frenologista enseña con el dedo el órgano por el que, de esos filósofos, unos son materialistas, otros metafísicos, y todos confusos.

El Dr. Broussais padre, ha presentado al Instituto de Francia de que es miembro, una memoria sobre la filosofía de la frenología, ó las relaciones de lo físico y lo moral, citando en desafío á los psicólogos á entrar de buena fé en esta cuestión: disertación profunda á la que remito á los que deseen estudiar la frenología. Ha tomado la ciencia en el punto en que la dejó Cabanis, el cual refería los fenómenos de esta relación á la acción de la materia organizada y viviente. Mirando este último la sensibilidad como un fenómeno puramente fisiológico, atribuye al cerebro las pasiones que se colocaban en las entrañas, aunque ha reconocido la influencia de estas, y ha explicado como maestro la de la edad, del sexo, del temperamento, del clima, del régimen, de los ejercicios, el sueño, la vigilia, los gustos, &c; pero discípulo de Locke y de Condillac, no miraba

CXXX

mas que el cerebro en masa, obrando por las sensaciones que le vienen de los sentidos, y comprendiendo en la elaboracion hasta los fenómenos afectivos. Los frenologistas, dice el Dr. Broussais, han ido mas adelante: han dividido la masa entera del cerebro en regiones diferentes, y han indicado la relacion que hay entre cada una de ellas y un fenómeno instintivo, afectivo ó intelectual.

Cabanis, como todos los filósofos que llegaron á ponerse de acuerdo sobre la necesidad del cerebro como instrumento de los fenómenos morales, no se cuidaba de si era grande ó pequeño, mas desarrollado adelante que atrás, en la cima que en los costados. El predominio de volumen de las regiones consagradas á los instintos sobre la de la inteligencia, le sirve sin embargo al Dr. Broussais para explicar por qué la multitud obedece mas á sus instintos y sentimientos que á la razon.

La idea de un Dios, dice en su tratado, unida al conocimiento de su existencia, es la obra maestra de nuestras facultades intelectuales, de observacion al principio, y despues de reflexion. La

CXXXI

historia refiere las dificultades que ha hallado esta idea para propagarse y hacerse popular. Todavia hay inteligencias que no la pueden asir, ó que no la retienen con bastante fuerza para que pueda influir en sus acciones. Pero el respeto á este Dios, la tendencia incesante á la veneracion, son otra cosa que depende de un impulso instintivo, uno de los mas bellos atributos de la especie humana. Este impulso, que se llama *sentimiento religioso*, no se aplica solamente á Dios, sino á todo lo que nos parece grande, elevado, magestuoso en la naturaleza ó en nuestros semejantes: nuestros padres, nuestros bienhechores, los hombres grandes por sus cualidades ó eminentes por sus virtudes, el espectáculo del cielo, del universo &c. En una palabra, la mas ó menos buena aplicacion de este impulso depende de nuestra educacion, del ejemplo, de nuestros hábitos, y mas que todo, del grado de inteligencia y de juicio de que estamos dotados.